

En Memoria de Manuel Ribas i Piera | Ferran Sagarra Trias

Manuel Ribas i Piera ha sido un maestro: los mayores recuerdan los trabajos en Ibiza como algo iniciático y, para los que nos tocó la Escuela de los años de la estenosis del franquismo en los primeros 70', el recuerdo es el de aquel hombre compacto, de pelo corto, digno y sabio que, con independencia de las inestables circunstancias, empezaba la clase puntual y fue una de las pocas anclas con las que contábamos en medio de las turbulencias. Aunque la policía estuviera provocando disturbios en la todavía recientemente urbanizada zona universitaria, él –después de escribir el guión de la clase en la pizarra– nos abría una ventana a todo cuanto se pensaba y escribía sobre urbanismo en el mundo exterior, desde el estructuralismo de Lévi-Strauss hasta las luchas por el Elysian Park de San Francisco, recitando, sin cambiar el tono ni la expresión de la cara, la letra de Joan Baez (¿o era quizás Pete Seeger?): “No pasarán las excavadoras, el parque es tuyo y es mío”.

Para ampliar nuestro paisaje cultural, invitaba gente de fuera, los pocos que se dejaban convencer: economistas y sociólogos como Fabià Estapé, Jacint Ros Hombravella, Racionero, Enric y Ernest Lluch, Jaume Soler Lluçà, Pasqual Maragall, y también a arquitectos paisajistas como Nicolau M^a Rubió i Tudurí.

Quiero recordar las reuniones en la cátedra con sus jóvenes colaboradores a quienes nos permitió descubrir su agudo humor y compartir risas junto a José Antonio Balcells, mientras nos daba instrucciones y referencias. Allí empezamos a conocer interioridades que otros, como Joan Antoni Solans, podrían explicar mejor: sobre los redactores del nonato Plan del Área Metropolitana en los servicios municipales y en la Diputación y de las maneras alternativas de hacer frente al crecimiento acelerado de la época. Porque



para entonces ya era un conocido urbanista que había participado en la redacción del nonato “Esquema Director del Área Metropolitana” del 1968. También era un apreciado arquitecto y lo siguió siendo toda la vida, hasta su última obra: la iglesia de la Virgen de las Nieves, en el barrio de la Mina.

Bibliófilo por herencia y afición, los libros de arquitectura y demás fueron una parte importante de su bagaje, pero también como responsable de la biblioteca de la Escuela a la que le dio un fuerte impulso.

Y los viajes. Manuel aseguraba que “ningún arquitecto puede proyectar lo que no ha visto” y, en consecuencia, no podía haber un curso sin viaje. En ellos él compartía los autobuses, los *youth hostels* y otras incomodidades con los estudiantes. A mí me tocó Gran Bretaña y ver *New Towns*, palacios barrocos en fincas inimaginables e inimaginablemente ajardinadas, edificios neo-palladianos, el brutalismo más reciente y los Smithson. Los alumnos junto a él, nos preparábamos a conciencia.

Aún ahora me sorprende la confianza que nos dispensó a algunos inexpertos jóvenes haciéndonos socios (socios de verdad) en trabajos profesionales. Y aquí, otra vez, los viajes: a Ripoll, Campdevànol y Ribes de Fresser –durante años y en algunos períodos semanalmente– con Tomás Pou y Jordi Carbonell.

Nieto, hijo y padre de arquitectos, el catedrático, reconocido urbanista, Creu de Sant Jordi, miembro del IEC y con tantos otros honores, solía presentarse simplemente como arquitecto: “Manuel Ribas, arquitecto”. Ser el arquitecto de buenos edificios y de planes de tantas ciudades y de tantos barrios, le permitió construir –siempre en tensión creativa con Manuel de Solà-Morales– lo que llamábamos el “Urbanismo de los arquitectos” que en-

carriló la transformación de la Barcelona de la primera etapa democrática y definió una manera operativa de entender el Urbanismo para superar tanto la “crisis del movimiento moderno” como el *planning* científicista.

Manuel Ribas i Piera fue, sin lugar a duda, el máximo promotor de las relaciones internacionales de la Escuela de Arquitectura de Barcelona cuando era subdirector, muchos años antes de la aparición de programas como el Erasmus. Lo hizo a base de traer a los arquitectos más reconocidos del momento (Stirling, Kleihues, Aymonino, entre otros) y también con el programa ILAUD (“Il Laboratorio di Architettura e Urban Design”) del que fue fundador junto con el arquitecto italiano Giancarlo de Carlo, y coordinador en Barcelona. Un curso convertido en pasaje obligado de muchos arquitectos catalanes de interés que ahora tienen entre sesenta y cuarenta años.

Fue fundador de los estudios de paisajismo pioneros en Catalunya, que se han consolidado como referente internacional de la Escuela a partir del trabajo de gente como Rosa Barba. También aquí con un joven Miquel Vidal, y el no arquitecto Carrillo de Albornoz.

Sin embargo, supo combinar este cosmopolitismo con un firme compromiso con la ciudad de Barcelona, la metropolitana y la de los barrios, como lo testimonian los planes para Bellvitge o el Carmel y también adoptando posturas en contra de algunas políticas erróneas de los responsables municipales, la última en contra de *Eurovegas* (véase *El País*, 16/07/2012).

Quiero agradecer póstumamente a Manuel Ribas su Maestría de alto nivel, su amistad, cultura, generosidad, tenacidad y ejemplo.

16 de marzo 2013. Parroquia de Sant Idelfons